

sus fiestas; los viajeros llenaban los caminos; las imágenes de los santos estaban coronadas de flores, y parecía que la humanidad entera iba en peregrinación hacia el cielo. Arrastrado por la muchedumbre, llegué á Roma.... No puedo explicar lo que me pasó al ver las plumas y arcos triunfales de aquella ciudad grandiosa que recorrí con asombro, mientras mi acalorada fantasía me trasportaba á las mágicas regiones de un mundo maravilloso. Yo desconocía enteramente el poder de las artes, escluidas por la austeridad de la religión de mis padres, que no tolera ninguna imagen capaz de hablar á los sentidos, ni admite mas que la palabra seca y desnuda. Cuál sería, pues, mi emoción al entrar en el templo de los católicos, al oír aquella música que parece bajar del cielo; al ver en las paredes y en las bóvedas, la imagen del Todopoderoso, que parece moverse á nuestra vista encantada; al contemplar los cuadros admirables de la salutación del ángel, del nacimiento del Redentor, de la Santa Madre de Dios, de la Divina Trinidad, de la asombrosa transfiguración; al ver al sumo Pontífice bendecir al pueblo, y celebrar los santos oficios!... ¡Ah!... ¡qué son los ricos adornos de los reyes de la tierra!... Solo él está rodeado de divino esplendor.... su palacio es como el reino de los cielos, porque todo lo que en él se vé, no pertenece á este mundo.

MARIA. ¡Basta, sir Mortimer, basta!... no despleguéis á mis ojos esa brillante perspectiva.... Acordaos de que soy desgraciada y prisionera.

MORTIMER. También yo fui cautivo; pero de repente se abrieron las puertas de mi cárcel, y mi espíritu libre, rindió homenaje á los escantos de la vida. Juré odio eterno á la sombría interpretación de la Escritura; prometí coronar de flores mi cabeza, y asociarme á los hombres alegres y felices, y me reuní con algunos nobles escoceses, á quienes debí la amistad de vuestro noble tío el cardenal de Guisa... ¡Qué hombre! ¡qué seguridad en su elocuencia!.. ¡qué fuerza!... ¡qué brillantez!... parece nacido para dominar los espíritus humanos. Es un perfecto modelo de sacerdote real, un verdadero príncipe de la iglesia.

MARIA. ¿Habeis visto, pues, á ese hombre sublime, á ese hombre querido, que guió los pasos vacilantes de mi tierna juventud?... ¡Oh!... habladme de él... decidme, ¿piensa en mí?... ¿es feliz?... ¿su vida es todavía risueña?... ¿es aun el mas brillante apoyo de la iglesia católica?

MORTIMER. Aquel excelente prelado se dignó descender de las alturas mas sublimes de la doctrina, para desvanecer las dudas de mi corazón. Me demostró que la susceptibilidad de la razón estravía siempre al hombre en el error; que nuestros ojos han de ver lo que el corazón debe creer; que la iglesia necesita un jefe visible, que el espíritu de la verdad presidió en todos los concilios. Las locas presunciones de mi juventud se disiparon como el humo, ante la razón victoriosa y persuasiva del cardenal. En sus manos abjuré mis errores, y entré en el seno de la iglesia católica.

MARIA. ¡Es decir, que su elocuencia os condujo á la eterna salud!... ¿Sois, pues, uno entre los millares de hombres, penetrados por la fuerza celestial de sus palabras, semejante al sermón sublime pronunciado en la montaña?

MORTIMER. Sí.... Escuchad.... Cuando los deberes de su cargo le llamaron á Francia, me envió á Rheims, donde la compañía de Jesús, con piadoso celo, educa sacerdotes para la iglesia de Inglaterra. Allí encontré al viejo escocés Morgar, á vuestro fiel Lesley, y al sábio obispo de Ross.... todos ven correr el día de su destierro en el suelo hospitalario de Francia. La estrecha amistad que contraí con

aquellos hombres venerables, me fortificó en la fé. Un día paseaba mis miradas en torno de la habitación del obispo de Ross, y me sorprendió la expresión sentimental de un retrato de mujer, cuyo maravilloso encanto se apoderó enteramente de mi alma. No pudiendo ya dominar mi emoción, lo contemplaba con asombro, cuando me dijo el prelado: «bien podeis conmoveros á la vista de esa imagen. Es la mas hermosa y la mas desventurada de las mujeres, que padece por nuestra creencia, y padece en vuestro país.»

MARIA. ¡Ah corazón leal!... no, no lo he perdido todo si me quedan semejantes amigos.

MORTIMER. Entonces me pintó con vivos colores vuestro martirio, y la sanguinaria crueldad de vuestros enemigos; me mostró en vuestra genealogía que descendéis de la ilustre casa de Tudor; me probó que solo vos debierais ocupar el trono de Inglaterra por derecho de nacimiento, en lugar de esa reina usurpadora, hija de un amor adúltero, que por ilegítima deshechó su propio padre Enrique VIII.... No fiándome de tan respetable testimonio, consulté á los letrados mas célebres y á los políticos mas distinguidos, estudié genealogías antiguas, y todos los datos que recogí me confirmaron la justicia de vuestra causa. Vuestros derechos, señora, son un crimen en Inglaterra, y este reino en que vuestra inocencia gime entre cadenas, os pertenece por todos títulos.

MARIA. ¡Ah!... estos malhadados derechos á la corona de Inglaterra, son el origen de todos mis males.

MORTIMER. Supe al mismo tiempo, que os habian trasladado del castillo de Talbot al de Fotheringay, y confiado á la custodia de mi tío. Creí reconocer en este hecho el brazo omnipotente de la Providencia, y me pareció que la voz imperiosa del destino, me llamaba á romper vuestras cadenas. Mis amigos aprobaron mi proyecto; el cardenal me dió muy buenos consejos con la bendición de despedida, y me enseñó el arte difícil del disimulo. Resuelto á realizar mi plan, pasé á Inglaterra, donde, como sabeis, he llegado hace diez días. (*se detiene un momento.*) ¡Os ví, oh reina!... no ya vuestra imagen, sino á vos misma.... ¡Oh! ¡el castillo que encierra tan precioso tesoro, no es una cárcel, no; es un templo mas espléndido que la corte de Inglaterra! ¡Dichoso quien pueda respirar el mismo aire que vos! ¡Razon tiene Isabel en guardaros tan misteriosamente escondida!... Si los ingleses viesen una sola vez á su legítima soberana, no quedaria espada en la vaina; toda la juventud se sublevaria en masa, y levantando la revolución su gigantesca cabeza, acabaria con la paz de esta isla en el reinado de Isabel.

MARIA. Vos pensais así, sir Mortimer.... pero tal vez esas opiniones fueran mal admitidas entre la gran mayoría de vuestros compatriotas.

MORTIMER. No lo creais.... mis compatriotas pensarían como yo, si como yo fuesen testigos de vuestros sufrimientos, y de la noble firmeza que oponéis á los rigores de la suerte. ¿No habeis sufrido con dignidad real, las pruebas mas amargas del infortunio?... La vergüenza de la prisión, en nada disminuye la brillantez de vuestras gracias. Privada de todo lo que puede hacer amable la vida, vuestra existencia está sin embargo rodeada de esplendor. Jamás he podido poner los piés en este castillo, sin llorar vuestras penas, y admirar al mismo tiempo la grandeza con que las resistís. ¡Oh reina!.. se acerca la hora decisiva, la hora terrible!.. ¡El peligro crece por momentos!.. Ya no puedo diferir la ejecución de mis designios, ni ocultaros por mas tiempo el horror....

MARIA (*interrumpiéndole.*) ¡Qué!... ¿me han juzgado